

Fuego en el 23

(El despertar)

Enrique Solla

Fuego en el 23

(El despertar)



Fuego en el 23 (El despertar)

PUBLICADO POR EL GRUPO BOLCHIRO

BOLCHIRO, S.L,

Zurbano, 47 - Madrid, 28010

Teléfono 913 195 086. www.bolchiro.com

BOLCHIRO, LLC

(c/o OSB Business Services Inc)

180 Varick Street - New York, NY 10014

© Enrique O. Solla, 2013

© De la ilustración de la cubierta: Fernando Hoyos

© De la presente edición: Bolchiro, S.L.

Diseño de la cubierta: Laura Camuñez

ISBN:978-84-15211-61-7

Quedan reservados todos los derechos.

El 1 de agosto de 2010 en Castellana Grotte (Italia), asistiendo a una convención de danza llamada World Dance Movement, tomé las primeras notas de las peripecias de Isaura Figueiras y PéBé. ¡Madre mía! ¡Si alguien me hubiera dicho en lo que se iban a convertir aquellos párrafos en sucio y a boli, no lo habría creído!

Pero sí: al cabo de tres años, la serie de libros AZúcar Negra es una apasionante realidad. No solo está terminado el primer libro; también el segundo; y ya me encuentro maquinando el tercero. Han sido muchas las personas que, durante este tiempo, me han tendido su mano y ofrecido su tiempo para mejorar y completar la novela. Gracias a Conchita los malos son más malos y gracias a Borja los buenos son más buenos. Gracias a Liliana los cubanos parecen cubanos de verdad y gracias a Inés, a María, a Diana y a Lara, cientos de erratas y errores gramaticales que se me habían colado han desaparecido.

Gracias también a mis editores Fernando y Pablo, de Bolchiro, por creer en mí, y a Liz por pelearse con la RAE en mi nombre.

Por supuesto, gracias a todos los bailarines y personas reales que salen en la novela, pues ellos impregnan sus páginas con el “aquí” y el “ahora”; gracias a Antonio por ayudarme a imaginar a Samantha; a Álvaro por hacer creíble el historial médico de Bartolomé; a Raquel, por policía y a Aitor, por bombero. Meli, Lucas y Jaime fueron quienes me dieron los motivos para escribir y por ello también les doy las gracias. Guille y Ana tienen mi gratitud eterna por ser siempre los guardaespaldas más amados y fieles pero, sobre todo y ante todo, gracias a José Luis y Marilyn, mis queridísimos progenitores, por ponerse al frente de la lucha como si este libro fuera un nieto más. A ti, MJ, no te doy las gracias: tú eres responsable de que todavía sueñe y quiera escribir; a ti te doy la vida, si me la pides.

Madrid, Las Rozas. Octubre 2013
Enrique O. Solla

Dedico este libro a todos los que han bailado, bailan y bailarán en la tarima marrón chocolate de *El Almacén de los Sentidos*, en Las Rozas de Madrid. Y, particularmente, a aquellos que lo han hecho como si les fuera la vida en ello, los que bailaron a muerte.

Baila o muere.

Índice

Prólogo	0
1. Pelirroja y sin pecas	0
2. El desembarco	0
3. Viernes noche en El 23	0
4. Despelote y Gozadera	0
5. Être fort pour être utile	0
6. La prisión de Isaura	0
7. Bienvenido, Don Bartolomé	0
8. Claro como el agua	0
9. Rebelde sin causa... hasta el momento	0
10. La princesa en la torre	0
11. El póquer y la cena sin hacer	0
12. La calma antes de la tormenta	0
13. No me cuentes chistes	0
14. Niña o mujer	0
15. Cuando se muere la salsa	0
16. Azúcar de madrugada	0
17. Bienvenidos al Panteón	0
18. El vendedor de periódicos que no vendía periódicos	0
19. Pedro Tejedor y su corbata	0
20. A la hoguera con los vagos	0
21. Alea jacta est	0
22. La confesión de Leandro	0
23. ¿Dónde están los caballeros andantes cuando se les necesita?	0
24. -¿What's going on?	0
25. Como una hermana... o casi	0
26. Patrón sin marineros	0
27. Verde esmeralda	0
28. Adiós a Madrid	0
29. El tatuaje de tu espalda	0
30. Y la lasaña se echó a perder	0
31. La casa de las locas	0
32. Sacrificios por hacer	0
33. Tommy InsideOut	0
34. Cualquiera cosa que diga puede ser y será usada en su contra	0
35. El descanso del guerrero	0
36. Cómo olvidarse de la negra	0

37. Un viaje a Nueva York	0
38. El águila bicéfala en la espalda de la pelirroja	0
39. Me encanta que los planes salgan bien.	0
40. Mens sana in corpore sano	0
41. «Descansa en paz, señorita Figueiras».	0
42. Libertad condicional.	0
43. Viva y coleando	0
44. Sin decir ni una palabra	0
45. Atrapados en la red.	0
46. Camino de la mansión Figueiras	0
47. La visita inesperada	0
48. Mami, qué será lo que tiene la negra	0
49. Como si tal cosa	0
50. De vuelta al mundo.	0
51. Los violines de El último mohicano.	0
52. Cuando Marcelina se pone al mando	0
53. Un último trabajo para el Panteón	0
54. Sábado por la mañana en la casa de las locas.	0
55. Cruce de caminos en El Almacén.	0
56. De Madrid al cielo	0
57. El Almacén de los sentidos	0
58. A punta de pistola.	0
59. Al rescate	0
60. El séptimo de caballería	0
61. Demasiados cubanos muertos	0
62. Me llamo Álex	0
63. Piso segundo, letra D	0
64. El cambiao	0
65. Gilipollas	0
66. Una más y tiro porque me toca.	0
67. Todos los caminos conducen al cerebro.	0
68. Smith & Wesson 686, del calibre 357	0
69. Despedidas	0
Epílogo	0
Continuará	0

«Donde hay negro, hay brujería»

Dicho popular

*Ibarakou moyumba,
Elegguá ibaco moyumba,
ibaco moyumba,
omote conicu,
ibacoo omote,
ako moyumba,
Elegguá kulona,
ibarakou moyumba,
omole ko ibarakou moyumba,
omole ko ibarakou,
moyumba ako Elegguá kulona,
ashé ibarakou moyumba ashé Elegguá,
kulona ibarakou moyumba,
omole ko ako,
ashé arongo laro,
akongo Laroyé Elegguá,
kulona a Laroyé,
coma komio akonko laro,
akonko Laroyé Elegguá coma komio,
ashé akonko laro, akonko laro,
ako ashé,
iba la guana,
Elegguá,
Laroyé akonko e Laroyé,
e Laroyé akonko akonko Laroyé,
akonko Laroyé,
akonko la guana e Laroyé.*

Canto a Elegguá, el Orisha que abre el camino
(en el idioma yoruba)

Prólogo

Se despertó empapada en sudor y aguantando la respiración. ¿Por qué le dolía la mano derecha? Encendió la luz y se asustó al ver que sostenía con fuerza el bolígrafo con el que, la noche anterior, antes de dormir, había tomado notas de su libro favorito: *El nombre de la rosa*. Tuvo que ayudarse de la otra mano para desenganchar los dedos aferrados al *bic* azul que, a esas alturas, más parecían parte de la garra de un animal que de la mano de una niña pequeña. ¿Se habría quedado dormida con el bolígrafo agarrado?

En la almohada, en las sábanas, en su propia piel encontró restos de tinta azul. Al parecer, mientras dormía, se había entretenido manchando cuanto estaba a su alcance. Incluso en la pared había una decena de garabatos sin sentido. Si solo hubiera sido eso, habría podido dormirse de nuevo, pero en la mesilla de noche se encontró con el epicentro de su actividad nocturna.

«¡Maldita sea!» –pensó.

La novela de Umberto Eco había sido la verdadera víctima de su ira sonámbula. Casi no se podía ver la ilustración de portada, y el título había desaparecido bajo una lluvia de líneas azules. Había repetido un centenar de veces el mismo recorrido, el mismo garabato. Pero esta vez tenía sentido. Cualquiera lo habría podido descifrar.

El siete. Había escrito y reescrito compulsivamente un siete enorme, ocupando toda la portada, traspasando el cartón, atravesando la primera página y llegando incluso a la segunda. El libro había quedado destrozado.

Se puso a recordar. Siete lobos. Siete árboles. Siete siluetas. Siete. Siete. Siete... un mal presagio.

Nunca antes le había pasado algo parecido. No obstante, prefirió no contárselo a nadie. Bastante alarmados tenía ya a los vecinos de Farnadeiros como para echar más leña al fuego. Hasta sus padres la miraban como a un bicho raro. Había escuchado conversaciones entre unos y otros en las que discutían si debían o no enviarla a la capital para que fuera estudiada por especialistas.

«¿Especialistas, de qué?» –se preguntaba ella.

Ocho días después, el 7 de agosto de 1996, una riada mortal se llevó la vida de 87 personas en el camping Las Nieves, en Biescas. El día 7. *Siete*. Se había cumplido el mal presagio con el que había soñado.

Cristina se pasó llorando la mañana entera. Tenía diez años.

La segunda vez que protagonizó un episodio parecido su madre irrumpió en la habitación, asustada por los ruidos. En esta ocasión no pintó las paredes, ni las sábanas, apenas se manchó las manos, pues la joven adolescente había cogido la costumbre de dejar siempre unos folios en blanco en la mesilla de noche, por si volvía a ocurrirle, y había funcionado. Sin embargo, su precaución de nada sirvió a ojos de su madre. Manchó menos, eso sí, pero la imagen que se encontró la mujer jamás podría arrancarla de su recuerdo. En el medio de la cama, su hija pequeña, sentada con las rodillas cruzadas, rellenaba, completamente ida, como si le fuera la vida en ello, todos y cada uno de los folios con aquel maldito *veinticinco*. Cristina mantenía la mirada al frente, como si la estuviera viendo, pero sus ojos, sus ojos... estaban en blanco.

Cuando la madre la despertó, la jovencita tenía vagos recuerdos, inconexos, pinceladas aquí y allá acerca de lo que había estado soñando. Lo único que sabía con certeza era que las diferentes escenas –los libros ardiendo, los mendigos alrededor, los carteles de “se busca” con su foto–, hacían siempre referencia, de una manera o de otra, al número veinticinco.

A la mañana siguiente, sus padres le anunciaron la decisión que habían tomado: la llevarían a Madrid. Un ataque de pánico se adueñó de Cristina y tuvieron que ingresarla en urgencias. Diez días después, todavía interna en la Unidad de Saude Mental de Lugo, en el salón de actividades comunales, vio en la tele que el vuelo 4101 de *PauknAir*, que había despegado esa mañana en Málaga, con destino a Melilla, no había concluido su recorrido.

–¿Qué día es hoy? –le preguntó, nerviosa, a uno de los enfermeros.

–Veintinco.

Cristina había vuelto a predecir otra tragedia sin precedentes. Ese 25 de septiembre de 1998 murieron los 38 pasajeros del vuelo 4101. El veinticinco, como en su sueño.

Pasaron seis años antes de volver a vivir algo semejante.

Cristina cumplió los dieciocho años entre médicos y pisos tutelados de la capital. Ella sentía que estaba mejorando pero los psiquiatras opinaban lo contrario. Sus compañeras de piso eran todavía más explícitas: según ellas, estaba loca de atar. Por eso nunca duró demasiado en aquellas ridículas convivencias con otras enfermas mentales. Cristina era conocida como “la gallega”. En realidad, le daba lo mismo lo que pensarán de ella: en su interior, poco a poco, se iba gestando un nuevo *yo*, una mu-

jer con una misión clara en la vida. Una misión secreta que solo ella conocía. Por eso se cambió el nombre. Ya no sería Cristina, sino Cynthia, mucho más sonoro y acorde a sus futuros quehaceres.

Había pasado tanto tiempo desde la última pesadilla con el veinticinco, que ya casi se había olvidado de ellas. Normal que se fuera relajando, y que ya no tomara precauciones. Una noche en la que había estado pintando un cuadro hasta tarde, en vez de recoger, se dejó la caja de pinturas en el escritorio. Fue un terrible error. Cuando se levantó a beber agua en mitad de la noche, se encontró con un panorama escalofriante. No recordaba nada, pero tenía las manos llenas de pintura, al igual que el camisón. A su alrededor nada se había salvado. Las paredes, el suelo, la cama, el armario, los muebles. Su cuarto se había convertido en un campo de batalla, y los cadáveres, en todas partes, eran los números *once*. Onces por todas partes. Once amarillo, once rojo, once azul, once verde...

Esta vez tenía un recuerdo claro, más nítido y real que en las anteriores ocasiones. En su sueño, había viajado en el vagón once de un tren de cercanías. Ergo, la desgracia vendría de la mano de la red ferroviaria.

No se lo dijo a nadie. ¿Para qué?

El jueves de dos semanas después cayó en 11 de marzo de 2004. Cristina se esperaba lo peor, y así fue. Aquella mañana se convirtió en una de las fechas negras de la historia de España. 191 personas murieron en los atentados terroristas del 11-M.

Hasta el 2008 no tuvo más visiones. Cuando le llegó el momento de soñar con otro número, esta vez se quedó sorprendida pues había sido el *cinco mil veintidós*. Apareció en sus folios, al despertar, escrito de forma correcta y ordenada, sin repetirse prácticamente ningún trazo. Aquella ausencia de caos le impresionó tanto como cuando se levantaba y estaba rodeada de cientos de números. ¿Acaso sus predicciones se estaban estabilizando? ¿Sería un reflejo de su madurez? Estaba claro que no era una fecha. Entonces, ¿a qué correspondía el cinco mil veintidós?

Las visiones, según pasaban los años, se iban volviendo más realistas, como cuando había viajado en sueños dentro de un tren en 2004. En esta ocasión iba a estrellarse un avión. Hasta había visto un cartel con el destino del vuelo: Gran Canaria.

No pensaba hacer nada al respecto, eso lo tenía claro. Si nadie le hacía caso a la gallega, tampoco la consejera Cynthia le haría caso al mundo. Ella seguiría entrenándose para cuando le llegara el momento.

El accidente no se hizo esperar. Pasada una semana, escuchó a dos de

sus compañeras hablando en el salón de una terrible masacre en Barajas. Desde la cocina, les preguntó:

–¿Cuándo fue el accidente?

–El miércoles –le contestó una, sin mucho afán.

Cynthia revisó el calendario que había en la nevera. El miércoles había caído en 20 de agosto.

–¿Cuántos muertos? –Insistió.

–Ciento cincuenta y tres.

–¿Y supervivientes? –Cynthia buscaba las coincidencias con la cifra que ella había soñado.

La compañera bufó desde el salón. Cogió el periódico y le leyó textualmente:

–“*La tragedia aérea de Barajas se salda con 153 muertos y 19 heridos, varios de ellos graves*”. ¿Satisfecha?

La gallega entró en el salón y le quitó el periódico de las manos para ahondar más en la noticia. En algún lado tenía que estar su número:

...20 de agosto de 2008 entre Madrid y Gran Canaria...

Ahí estaban las Islas Canarias.

...un McDonnell Douglas MD-82 con matrícula EC-HFP...

...el vuelo 5022 de Spanair...

Y ahí, el cinco mil veintidós. Le devolvió el periódico a la chica y se fue a su cuarto satisfecha, sin añadir nada más. Tampoco duró mucho en esa casa y con esas compañeras de piso.

En el primer fin de semana de abril de 2011 soñó con una discoteca de salsa. Observó a la multitud bailando en la pista, poseída por la música latina. Sintió tanto el calor de sus cuerpos que se despertó empapada en sudor. La última imagen que había tenido se parecía a una lengua de fuego, devorándolo todo.

Al encender la luz, había, como siempre, un número esperándola en la mesilla de noche.

El veintitrés.

1. Pelirroja y sin pecas

Pete Rodríguez, *I like it like that*

–Lo siento –contestó la enfermera–, los médicos han ordenado que nada de visitas.

El caballero vestido de blanco se apartó del mostrador. Al volver a ponerse su sombrero de ala ancha dio por entendido que zanjaba la conversación. No estaba decepcionado, pues ya se había imaginado que recibiría esa respuesta. De hecho, preguntar amablemente había sido solo una formalidad. Para acceder a lugares restringidos estaba acostumbrado a utilizar otros métodos, nada convencionales.

No había recorrido setecientos kilómetros en coche, parando apenas veinte minutos para comer algo y repostar gasolina, y había cruzado Madrid –ese tráfico que tanto odiaba– hasta el hospital Gregorio Marañón, para rendirse con tanta facilidad. Aunque la paciente estuviera aislada en la unidad de cuidados intensivos, rodeada de neurólogos y psiquiatras, sometida a todo tipo de pruebas, tendrían que hacer un alto para recibirle.

¿O acaso no sabían con quién estaban tratando?

La mano derecha la tenía ocupada con su bastón de marfil –no parecía necesitarlo, pero él no lo soltaba ni a sol ni a sombra– así que era en la izquierda donde cargaba con el periódico doblado. De reojo, volvió a mirar la portada. En ella se podía ver la foto de la modelo granadina, Conce Martín, la paciente que había venido a ver. Conce Martín llevaba afincada en Madrid desde 2001 y, a pesar de ser una top model, era la primera vez que salía en la portada de los principales periódicos de tirada nacional. No era para menos. Después de tres años sin apenas dar señales de vida, acababa de aparecer sentada en un parque, en un estado semivegetativo. La habían reconocido unos niños y la madre de uno de ellos había llamado a la policía. Estaba viva: reaccionaba a la luz, al ruido, a los cambios de temperatura, pero no era consciente de nada. Como una planta. Los médicos estaban completamente desconcertados. Y a la prensa le encantaba este tipo de historias para no dormir.

El hombre de blanco asintió al ver la foto. Estaba nervioso, casi podría decirse que emocionado. Había pasado tiempo ya desde la última vez...

La modelo granadina era el motivo, la pista, la esperanza por la que

había regresado a Madrid a toda prisa, después de tantos años. Y no lo había hecho solo. Nunca lo hacía solo.

—Disculpe —dijo la acompañante del caballero de blanco, asomándose desde detrás y relevándole frente a la enfermera—, ¿está segura de que no podemos pasar?

La joven, con el rostro a medio cubrir por unas gafas de sol y un pañuelo azul que no dejaba ver su cabello, se apoyó en el mostrador con las dos manos, en actitud beligerante. Parecía una famosa, tratando de pasar de incógnito, a punto de cabrearse. Sus facciones y su figura, si bien no podían delatar su identidad, sí que anunciaban sin reparos que también ella podría haber sido modelo. De no haberse dedicado a los turbios asuntos que la ocupaban, claro estaba.

—Será una broma, ¿no? —le bufó a la enfermera, que se resistía a repetir lo mismo otra vez.

La compañera del caballero de blanco poseía ese color de piel que no necesita broncearse y un acento latino, tan marcado, que hasta un ciego habría sabido que no era española.

—Señorita, creo que me ha oído usted perfectamente. —A pesar del aspecto arrebatador de la misteriosa joven, la enfermera no se amilanó—. Por favor, sálganse de la cola que hay gente detrás esperando para ser atendida.

—¿Perdón?

La boricua, pues había nacido en la isla del encanto, Puerto Rico, agarró la montura de sus gafas de sol y la dejó deslizar por su perfecta nariz hasta que sus ojos verdes, como esmeraldas brillantes, se clavaron en la enfermera. Justo en ese momento, su acompañante notó un pinchazo en su cerebro, pero ni se inmutó. Se lo esperaba desde hacía un rato. Después de tantas y tantas veces, resultaba más molesto que doloroso.

—¿Decía? —insistió la mujer.

La empleada del hospital tragó saliva sin poder apartar la mirada de su interlocutora. De pronto, como si el cielo se despejara de nubes, la expresión de su cara cambió y una sonrisa afloró como si siempre hubiera estado ahí debajo, escondida.

—¡Qué tonta! —se disculpó la enfermera, levantándose—. Si les parece bien, yo misma les acompañaré a la habitación de la señorita Martín.

—¡Qué amable por su parte! —exclamó la joven puertorriqueña, rebosante de teatralidad, mientras se ajustaba de nuevo las gafas.

El caballero de blanco se rió por dentro. ¿Existía algo que no fuera capaz de conseguir su amiga? Sin duda, en algunos campos, la vida era

más fácil para ellos que para el resto de los mortales. En otros, por el contrario, esa misma vida tenía algo de condena. De maldita.

«Pero no hoy» –se dijo a sí mismo–. «No hoy» –repitió–. «Hoy será un día maravilloso».

Era viernes 8 de abril, por la tarde. Una fecha para marcar en el calendario, si todo salía como esperaba. La modelo granadina era su esperanza. La primera pista en mucho tiempo. La única pista que necesitaba para encaminar al fin su última misión.

–Oiga, enfermera, que...

–No puede...

–Pero, bueno, ¿adónde va?

Aunque la gente se puso a protestar, la empleada del hospital, al salir de detrás del mostrador, pasó por delante de la cola como si no la viera. La sonrisa tonta que se le había quedado perenne en el rostro hablaba por ella tanto como sus acciones. De pronto, la gente que esperaba en la cola y la recepción de urgencias del hospital habían pasado a un segundo plano. Mucho más importante ahora era atender a la extraña pareja de recién llegados.

–Después de ti, querida –le dijo el hombre a su amiga, señalando la estela de la enfermera.

La puertorriqueña hizo resbalar las gafas de sol por su nariz y le guiñó el ojo. Como siempre, pan comido. Ambos siguieron a la empleada sanitaria por los pasillos del centro. Si alguno de los trabajadores del hospital se extrañó de que su compañera dejara caminar libremente a aquellos dos civiles, por una zona reservada para ellos, nadie actuó más allá de una mirada curiosa o un levantamiento de cejas. No hubo preguntas.

Hasta que llegaron a la habitación de la modelo granadina.

Un médico neurólogo justo cerraba la puerta detrás de él, cuando levantó la mirada y se dio de bruces con la enfermera, el caballero de blanco y la preciosa joven de las gafas de sol.

–Disculpen ustedes –dijo, interponiéndose en su camino, después de adivinar sus intenciones–. El acceso a esta zona está restringido a los empleados del hospital.

–Vienen conmigo, doctor –se defendió la enfermera, sin que se le cayera la sonrisa–. ¿Es que no lo ve?

–¿Son de la policía? –creyó entender el neurólogo–. ¿Tienes alguna identificación?

La joven boricua sonrió, llevándose la mano a la cabeza, para colocar-

se mejor el pañuelo azul. Miró de reojo a su acompañante y comprobó que ya estaba preparado.

–No necesitamos ninguna identificación –señaló, bajando de nuevo sus gafas de sol y mostrando sus ojos verdes, verdes como esmeraldas incandescentes–, ¿acaso no se acuerda de lo que le dijo la policía?

El doctor se quedó perplejo y durante un segundo rebuscó entre sus propios pensamientos. Allí se encontró, sorprendentemente, con lo que le estaba advirtiendo la misteriosa joven. Al parecer, no se había dado cuenta hasta ese preciso instante, pero el director del hospital y el inspector jefe de policía le habían especificado claramente que si aparecía un tipo mayor vestido entero de blanco y una joven con gafas de sol y pañuelo azul, guapísima, por cierto, tenía que dejarles pasar a la habitación. Y ayudarles en lo que hiciera falta.

–Uy, tienen toda la razón, ¡qué descuido! –se disculpó el neurólogo, echándose a un lado, al tiempo que abría la puerta–. Pasen, por favor –les invitó.

–Usted ya puede volver a su trabajo. Gracias –le ordenó la joven a la enfermera.

–Sí, ya me encargo yo –lo corroboró el doctor.

La enfermera asintió y, dándose media vuelta, a paso rápido, regresó a la recepción. Cuando se incorporó a su puesto de trabajo le dolía la cabeza de tal manera que no consiguió volver a sonreír en lo que le quedaba de turno.

El doctor entró en la habitación detrás de sus invitados y cerró la puerta.

–Conce Martín ingresó el jueves por la tarde en este estado y desde entonces no ha mostrado ningún cambio –les explicó.

La modelo granadina estaba sentada en la única cama que había en la habitación. Tenía los ojos abiertos y respiraba con normalidad, pero no reaccionó ante la visita. Casi ni se movió. Permanecía mirando a la televisión apagada de la pared. Sus constantes vitales estaban siendo monitorizadas, así como sus pautas cerebrales.

–Está despierta, pero como puede estar despierta una planta. A veces reacciona al sonido, o a la luz. Si algo le duele trata de apartarse. Pero nada más. Es como si solo sus reflejos existieran. El resto de la actividad cerebral ha desaparecido. Jamás había visto un caso así –confesó el neurólogo.

La noticia en el periódico que había llamado la atención del caballero

de blanco explicaba justamente eso, la confusión absoluta que reinaba entre los médicos que la estaban tratando.

Sin embargo, tanto él como la joven puertorriqueña creían saber lo que había pasado. Por eso habían hecho setecientos kilómetros de madrugada. Para comprobarlo.

A pesar de aquella luz criminal y la ausencia de todo maquillaje, todavía se podía apreciar su belleza. Quizá por eso resultaba más incómodo aún mirarla, presa de tanto cable, rodeada de tanto aparato médico.

—Le hemos hecho una tomografía del cerebro, análisis tóxicos de sangre y orina e incluso un PET, pero nada, estamos como al principio. Sin ni una sola pista de lo que le ha podido pasar a esta pobre chica.

La boricua se quitó las gafas de sol y se acercó a la modelo granadina. Ella no necesitaba nombres extraños ni sofisticados aparatos para llevar a cabo sus pruebas. Solo necesitaba a su acompañante.

—Déjenos solos, por favor —le ordenó al doctor.

—Sí, por supuesto.

Y se marchó.

Después de unos segundos, el caballero de blanco se acercó a su compañera, descubriéndose la cabeza. Ni la joven ni él dijeron nada al principio. No por respeto, sino porque estaban saboreando el momento. Si la máquina que le medía los latidos a la granadina hubiera estado conectada a ellos en lugar de a la paciente, se habría puesto a correr fuera de sí, delatando la excitación que estaban viviendo.

—Es pelirroja natural —apuntó el hombre—. Y ni una sola peca.

—Pelirroja y sin pecas —corroboró ella—. Ya te lo dije.

Ambos respiraron hondo a la vez. Había llegado el momento.

—¿Qué ves?

Ella se inclinó para aproximarse todavía más a la paciente, hasta quedar sus rostros a un palmo escaso. El caballero de blanco sintió, por tercera vez en la tarde, el pinchazo en su cerebro, doliéndole más esta que las anteriores.

—La han vaciado —concluyó la joven—. La han robado todos sus pensamientos, sus recuerdos, sus ideas. Han estropeado todo a su paso, dejando un blanco tan grande que no puede salir de ahí.

—¿Han sido ellos?

En lugar de responder con palabras, la boricua abrió un hueco entre el cuerpo de Conce Martín y el respaldo de la cama y la giró, apartando la camisola que le habían puesto para poder ver su espalda.

Allí estaba la respuesta.

–Ha sido él –especificó–. Él ha dado la orden.

En la espalda de la pelirroja estaba el tatuaje del águila bicéfala.

–“*Basileus Basileon, Basileuon Basileuonton*” –recitó el hombre, en latín.

–“Rey de reyes” –tradujo al instante la boricua–, “que reina sobre los que reinan”.

El águila bicéfala estaba presente en la iconografía y heráldica de varias culturas, pero ese, en particular, venía del escudo de los zares de Rusia.

–Por fin.

El hombre trató de tragar saliva, pero la boca se le había quedado seca de la emoción. Se dio cuenta de que llevaba casi un minuto sin respirar.

–Entonces está claro –añadió, después de un largo suspiro–. El último ruso.

–Sí –contestó ella. Y luego negó con la cabeza mientras decía–: qué hijo de puta.

La joven dejó a la modelo en la posición en la que la había encontrado y dio un par de pasos hacia atrás. La tensión entre ellos se podía sentir. Como la de un ejército antes de plantar cara al enemigo.

–Es curioso que, después de tanto tiempo, vayamos a pillarle por algo así –reconoció el caballero de blanco–. Él, que siempre fue tan cuidadoso.

–Está obsesionado –le recordó la joven, dándose la vuelta. Ya había visto demasiado. Necesitaba salir de allí, así que se acercó a la puerta–. Te lo dije.

–¿Puedes hacer algo por ella? –quiso saber el hombre, volviendo a cubrir su cabello blanco y rizado con el sombrero. Había recibido la indirecta: tenían que marcharse.

–No. Nadie puede –contestó, enfadada–. Será un vegetal para siempre.

–Entonces...

Apoyó la mano en el hombro de la boricua. Cuando se ponía tan seria parecía mayor, más madura y, sin embargo, era tan joven que podía ser su nieta.

–Claro, cómo no. –Estaba tensa como la cuerda de un arco a punto de dispararse–. Ahora mismo.

Ella no era, ni de lejos, tan piadosa como su veterano amigo pero, por él, era capaz de cualquier cosa. Solo tuvo que girar el cuello para mirar a la modelo pelirroja y sus constantes vitales cayeron en picado. Hasta

certificar su muerte. El pitido que emitió la máquina ante la ausencia de latidos de la paciente se le metió en los oídos al caballero de blanco como una canción mala y pegadiza de esas de las que costaba deshacerse una vez habían invadido la cabeza.

–Vámonos –propuso ella, sin ganas de más.

–Sí, vámonos.

Su Bentley S1 continental del 56 les esperaba en el *parking* del hospital. Si algún coche congeniaba con el caballero de blanco ese era su Bentley descapotable y, por supuesto, blanco. Le había costado mucho tiempo encontrarlo y más aún acondicionarlo a las nuevas tecnologías, pero al fin estaba listo. ¡Con qué cuidado lo conducía! La joven boricua se ponía hasta celosa de lo mucho que lo mimaba. Más que una pareja, le reprochaba, parecían un trío. Él siempre se reía. Pero tenía toda la razón. Solo con meter la llave en el contacto, girarla y escuchar cómo arrancaba el motor, se le cambiaba la cara. Había intimidad en su relación con el Bentley, incluso sensualidad.

La joven se sentía ofendida, y solía apartar la mirada para no ser testigo de sus rituales antes de ponerse en movimiento. Comprobar los espejos, abrocharse el cinturón, calzarse los guantes de conducir, las gafas de la guantera... ¿Acaso no se daba cuenta de la mujer que tenía al lado? ¿De lo arrebatadora que siempre se vestía para él? Debía ser que no, pues con ella jamás había puesto esa cara de tonto.

En esta ocasión, encima, tardó más de lo habitual en arrancar puesto que, después de meter la llave en el contacto, dejó que su mente volara presa de la melancolía.

–Esperemos que la modelo granadina sea la última víctima de los tres rusos –reflexionó, mirando a su copiloto.

Pero no estaba nada convencido de lo que decía.

–Tendremos que darnos prisa, entonces –le apremió ella, pidiéndole con sus enormes ojos verdes que arrancara de una vez–. Y estar muy atentos. En breve, buscará a una sustituta.

El caballero de blanco asintió y giró la llave. El Bentley rugió al despertar y el reproductor de mp3 que llevaba incorporado recuperó su voz:

I like it like that

I said, I like it like that

And I want it like that

I like it like that

Pete Rodríguez y uno de sus mejores *boogaloos* iluminó el rostro del hombre.

—Mañana mismo nos pondremos manos a la obra —planeó, con la mirada destilando seguridad, mientras quitaba el freno de mano.

La boricua, sin embargo, no se dejó llevar por la música, sino que sintió, muy dentro de ella, la presión del momento que acababan de vivir. La modelo granadina. El tatuaje del águile bicéfala. Le estaba costando incluso respirar, del odio acumulado. Quería gritar.

Por eso necesitaba que su compañero arrancara de una vez, que pusiera el coche en movimiento para sacar la cabeza por el lado y conseguir que el viento en la cara le quitara esa presión del pecho, que la ahogaba.

En cuanto el caballero de blanco pisó el acelerador, la boricua se desprendió del pañuelo azul y dejó que su melena se meciera con la brisa de las primeras curvas. Su melena pelirroja.

Pelirroja natural. Y sin una sola peca.

2. El desembarco

–Un maestro de música en La Habana, pregunta en clase: “¿Qué es un cuarteto?”. –Que estuviese concentrado conduciendo, no le impedía soltar uno de sus chistes.

Esta vez se lo contó solo al pasajero de detrás, pues el jefe, sentado en el asiento del copiloto, llevaba un rato al teléfono.

–El muchacho más listo de la clase levanta la mano –siguió contando, en voz baja, el conductor–. “A ver, Pepito, dime”, le da permiso el maestro. “Un cuarteto es lo que queda de la sinfónica de La Habana, después de una gira por Europa”.

Ambos negros se rieron, pero bajito, para no molestar al jefe.

–De acuerdo. Sí. Esperaremos un rato. No te preocupes, *asere* –dijo, con su acento cubano. Y colgó.

–¿Estaciono ahí? –preguntó el que conducía, señalando un sitio libre.

–Sí –respondió el jefe.

Colocó el coche en segunda fila y pasó su brazo por detrás del respaldo del asiento del copiloto, girándose para ver por la ventana de atrás. Prefería hacerlo así a usar los retrovisores. El jefe examinó la operación. No era de los que les gustaba que les llevaran, pero debía mantener las formas. Los rusos le habían ascendido de pronto, eligiéndole a él para dirigir aquella incursión de emergencia, y tenía que actuar en consecuencia.

–No estás acostumbrado a carros tan grandes, ¿eh? –bromeó el que iba detrás, asomándose por el hueco entre los dos asientos.

–Aparta. –El conductor le puso la mano en la cara y lo empujó–. A ver si, por tu culpa, voy a acabar rayándolo.

Según dijo aquello, cruzó su mirada con el jefe. Era verdad que no estaba acostumbrado a un coche de aquellas dimensiones. Se trataba de un Audi A8 4.2 FSI quattro 372CV. Se había aprendido las especificaciones para luego poder contárselas a los muchachos. Negro, llantas de aleación, interior en madera de nogal, tapicería de cuero, cambio automático, con todo lujo de extras. Un modelo exclusivo. ¿Quién coño estaba acostumbrado a un coche así?

Lo raro era que no les hubiera parado la guardia civil, un Audi A8 con tres negros dentro. Menos mal que se habían dejado las cadenas en casa, y vestían de corbata y chaqueta.

Cuando terminó de aparcar, apagó el motor y, con él, las luces. Hasta para irse a dormir aquella máquina tenía estilo.

–¿Y ahora qué? –preguntó, sacando la llave.

–A esperar –contestó el copiloto, sacando unas pastillas rojas del bolsillo y pasándole una a cada uno.

–¿A qué?

–A que sea la hora.

Se hizo el silencio. Era estúpido preguntar más. Cada uno se tomó su pastilla. No tenían agua para ayudarles a tragar, pero se habían tomado tantas ya, que estaban acostumbrados.

El jefe cubano miró por el retrovisor de cabina y vio que los otros ya habían llegado. A pocos metros de allí, otro A8 les hizo luces. El negro contestó activando el *warning* del suyo unos segundos y, después, se dirigió a sus subordinados:

–Los ancianos están con nosotros.

Ambos asintieron, con caras serias.

En el fondo estaban acojonados. Era su primera misión de esa envergadura. Del mismo modo que el jefe había ascendido, ellos se habían visto arrastrados en su escalada.

Y estaban a punto de ser cómplices en una masacre.

–Oye, *asere*, si no molesta, me voy pa' fuera a fumarme un piti –comentó el de atrás, imitando el acento madrileño.

Piloto y copiloto se miraron y, acto seguido, las tres puertas del vehículo se abrieron a la vez. Por muy grande que fuera el Audi, los tres negros, cuando salieron, le robaron el protagonismo. El que salió de los asientos de atrás llevaba el pelo trenzado y eso le daba un aire más juvenil. Los otros dos iban rapados, el jefe, al cero, y el conductor, solo a ambos lados de las orejas, luciendo una cresta de medio centímetro. En otras circunstancias hubieran podido pasar por la selección de algún deporte americano, de esos que solo juegan para ganar, y ganan siempre, cuando no hay controles *antidoping*. En realidad, no eran americanos, y lo que ellos hacían nada tenía de deportivo.

–No te las irás a poner, ¿no? –las señaló el jefe.

El de las trenzas se había bajado del coche con las gafas de sol en la mano. Pero era de noche, claro. Hubiera sido ridículo ponérselas, por mucho que él prefiriera el anonimato. Las guardó en el mismo bolsillo del que extrajo el paquete de tabaco.

El conductor, que debía tener la misma edad que el de las trenzas, sacó del maletero tres gabardinas. Dentro quedó una maleta de metal. To-

dos cogieron un cigarrillo y el de las trenzas los fue encendiendo uno a uno, sin hablar.

–No te vayas a quemar –rompió el silencio el jefe, cuando se encendió el suyo propio, el último.

Ninguno se rió, pero asintieron como si la ironía hubiera tenido su punto. Ellos no se iban a quemar, estaba claro, pero el resto de la gente sí. Y mucho.

El cubano de la cresta militar no pudo reprimir la curiosidad y se inclinó para ver más de cerca la maleta.

–¿Puedo?

El jefe se guardó la respuesta unos segundos, y luego asintió, echando el humo lentamente hacia la noche.

Dentro había una bolsa de tela y dentro de la bolsa de tela estaba lo que quería ver otra vez.

El recipiente.

–Si dudas, ni lo toques. A ver si vamos a tener un problema –le advirtió el jefe, poniendo la mano encima del maletero.

No se le hubiera ocurrido; cerró la bolsa de tela, la maleta y se apartó de él. El jefe bajó la puerta del maletero, que se cerró con elegancia y casi sin hacer ruido, y se apoyó sobre él. Mejor no tocarlo hasta que fuese estrictamente necesario.

El de las trenzas se puso la gabardina. Aún refrescaba por la noche y tocaba esperar un rato a que fuese la hora.